

# PREGUNTAS AL CIELO

---

Autor: JUAN L. ORTIZ

---

Qué relación la tuya, oh cielo que extasías  
un aura de hojillas  
  en nimbo  
de primaveras de éter con el cual, acaso, un elegido  
  te quisiera redimir  
del destino de abajo y del destino  
  de arriba...:  
  y cuál, di, la de ese tu silencio que trasluce  
a tus pies  
unos secretos de ceniza  
  que, se dijera, tú, aún no sabías  
pero que libras  
a la piedad, entonces, si cabe, de lo íntimo  
  de las lejanías  
  en unas urnas de islas...:  
qué relación, pues, la vuestra, con esta recidiva  
de setiembre, mía,

en algo que me une, casi mortalmente, a un imposible  
de tiempo, que alguien,  
  en una religiosidad de oro, desearía  
salvar, también, antes de que,  
de encima  
de él o del seno de él,  
  empiece como a negarlo en la figura o las figuras de una brisa,  
una ilusión, al cabo, de siempre-vivas ?  
Y qué, aún tu mirada, ésa de nilo  
en iris

de nenúfares que, amarillamente, y del siempre, alguna ninfa  
de Isis,  
transfigurándolos, suspendería...:  
qué, con las pupilas  
que a través de los ojos que las llorasen a mi lado, todavía  
me miran  
desde el azoramiento en rocío  
de la gatita (reíos)  
al cubrir  
los desechos, ya, de su cría,  
y frente al tiro,  
poco menos que de gracia que, a pedido  
de la "graciocilla"  
en celos de jurisdicción, y sin envaine, ay, Lamartine,  
ultimase en mí,  
simultáneamente, y hasta cuándo ? la amapola, ésa, que asiste  
a los párpados del cariño...  
o la mano, si quieres, de hermanita:  
la que desvía,  
a lo largo de los azares que nos enajenan la vigilia  
a lo desconocido...  
la que desvía  
de los signos  
que nos traen del jamás las interrogaciones por hundirse,  
ya, de las despedidas,  
y nos devuelven, en seguida,  
nuestra respuesta, hecha estrellitas,  
contra el vacío... ?  
Y qué, por último lo que así  
te sacraliza  
un anhelo de verdín...:  
qué con el latido  
que no deja de dolerme, no, ni en esa palidez de clorofila  
que, uno contigo, me orifica  
también el suspiro  
hacia no sé qué halo en no sé qué equilibrio  
fuera, se creyese, de la circulación que desde las profundidades

me ritmo

y hasta me responsabiliza,

al par que de lo mínimo y aún de lo invisible  
asiéndose con desesperación a su sueño sobre el fin,

precisamente, de su pesadilla...:

al par que de ellos,

de la sangre sin nombre en la que abren, al abrirla,

con el relámpago de por ahí,

el asombro de vivir

al espanto de morir...

y de aquélla de pie, aunque en la maldición asimismo

desde la matriz:

de aquélla que al saltar, bajo las ráfagas, sus lindes,

no puede, tras de las hamadriades

de la complicidad que la llamaron y el rescate o los rescates a la  
vista

no puede aspirar, todavía,

la edad, ésa, en el aire que ya dora las agujas

y que la amanecerá en junquillos

aún, al transfundirla, ahora, justamente, a su camino:

la de tu color en el minuto

éste de la aureola que, al parecer, lo santifica...

y ello, inclinándose hacia las minas

de los espíritus

en un reflejo de Opíres...

alzándose sobre sí y despertando con eso los soles de sus cimas

o los rayos de la analogía...

y desplegando sus cabellos por el vértigo, y así

ondulando la arenilla

de los Pactolos del

infinito... ?

Qué relación, entonces, aún en la contradicción o en el atrás, todavía,  
de tu espejo,.. qué  
con unos hálitos  
que ni siquiera, quizás, han de agrisarlo,  
de, acaso, un Narciso  
que, frente al agua, esta vez, sólo habrá de repetirlos ?

Pero sigues, y sigues  
sin responderme, tú, ni por medio de los guiños  
que gotea, ya, el lucerillo?  
Eres un jardín  
en pena  
al que condenase a sonreír  
una ausencia que fuera, a la vez, un dios en devenir  
entre las agonías  
o naciendo cuando éstas, hubieran ya sudado su camino  
y se negasen a sí?  
O es ese último de agua-marina  
perdiéndose en un espectro de celeste el único en que puedes  
algo decirme...  
o con el que, mejor, puedes invocar a tu abismo,  
pues más que responder preguntarías, a tu vez  
lo que eres tú mismo  
en el minuto  
de tu mudez llamando al círculo  
que en un misterio de resplandor ha de rodearlo y sugerirle  
su sentido  
antes de que fosforesca  
y de que, luego, extinguiéndose en el viento que a todos nos extingue,  
dé en una de campanillas  
de islas  
que flotarán, parpadeando, la iluminación de aquel país  
que casi hemos conocido  
y desconocido...  
hasta que el mismo



que el mutismo  
del ser no puede, tampoco, desembarazarse del rumor a  
cuyo origen  
desde el cubil,  
tendemos, por nuestra parte, el oído...

—Pero es el caso —me dirás— que tú me has atribuido  
un circuito  
que acaso no es más que ese "hado" que asimilan  
a lo intransferible  
de un peaje debajo de mis giros:  
que quizás  
es el de una peripecia que te atañe en cuanto te da casi las líneas  
de la apertura a que aspiras...  
Más yo no tengo nombre, al fin...  
y aunque todo está en todo y el envés y el revés  
te rezara para mi  
rostro si él no fuese, por una eternidad, su propia huida,  
tu no podrías referir  
las series de una pasión que, occidentalmente se ensangrienta aún por  
firmarlas,  
desde siglos...  
referirlas  
a lo anónimo que deslíe  
las noches y los días,  
con antelación a ellos, si tu me lo permites. . .  
y con antelación, entonces, al paraíso  
de ustedes, bien que éste, lo sepa, es cierto, por la maldición de esa  
porfía  
que me rubrica  
el más allá, ahora, de mi mismo...

Tal me dirías...  
pero el véspero, sólo, lagrimea las primicias  
de una nevada de mirtos

en, acaso, una reserva de Citeres sobre el

ruido

o los ruidos

que, con el sacrilegio de los míos,  
habrán de espumarles, indiscretamente, asimismo,  
los arribos...